



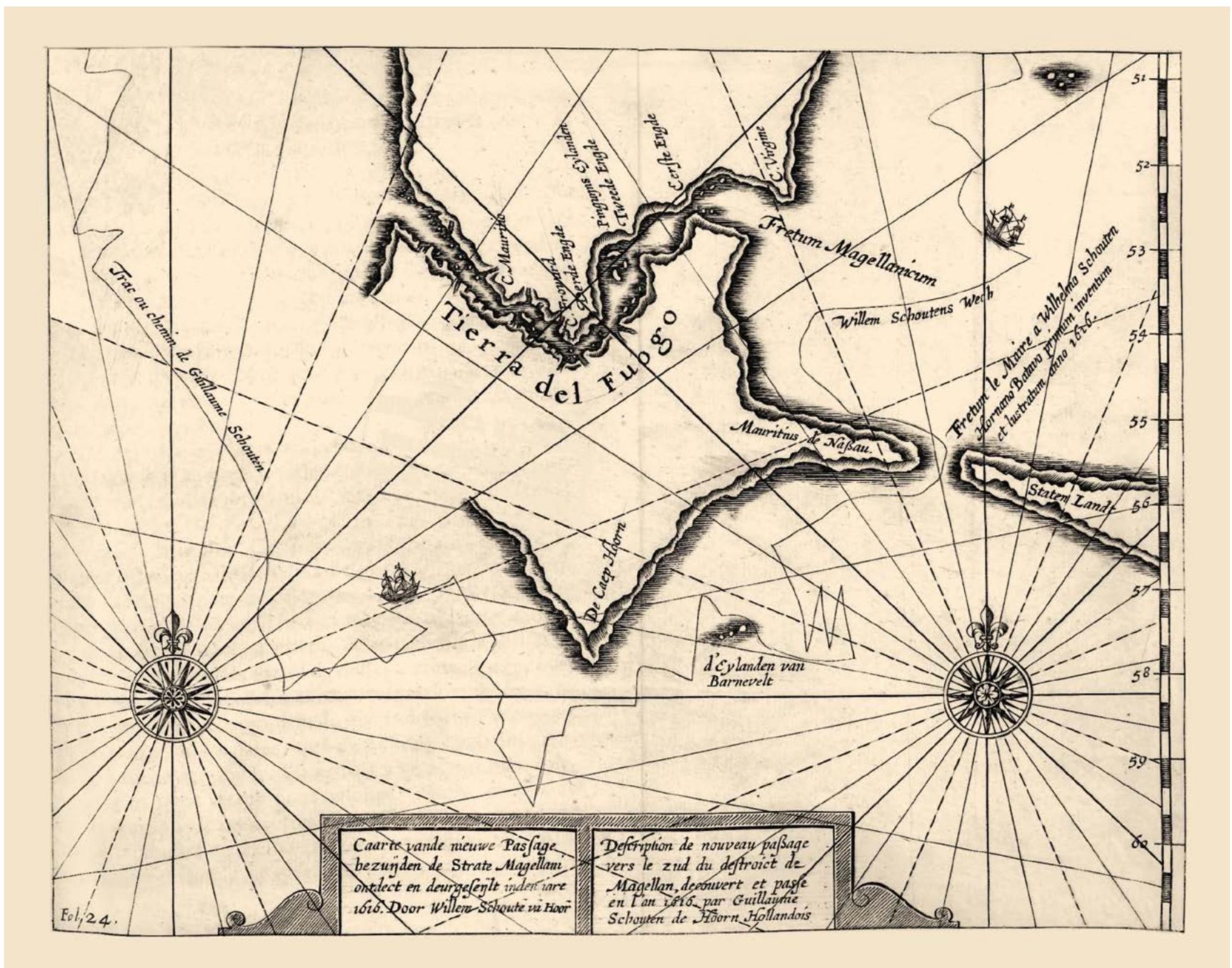


CAPÍTULO II

# LOS CANOEROS DEL FIN DEL MUNDO

Dominique Legoupil y Nicolás Lira

En 1616 los holandeses Schouten y Le Maire creyeron ser los primeros en descubrir el pasaje del Cabo de Hornos entre los océanos Atlántico y Pacífico. Sin embargo, Francis Drake probablemente ya había alcanzado estas latitudes en 1578. No obstante, el extremo austral de América ya había sido descubierto y ocupado hasta la isla Navarino desde hacía más de seis milenios por indios canoeros, los únicos seres humanos en colonizar territorios más allá de los 54° de latitud sur. Ellos llegarían incluso a habitar las islas más extremas, la de los Estados al este y el archipiélago del Cabo de Hornos al sur, hacia los inicios de nuestra era.





## LOS PRIMEROS *CAP HORNERS*<sup>1</sup>

Las grandes estepas de la Patagonia estuvieron ocupadas desde fines del Pleistoceno, entre once mil y diez mil años atrás, por cazadores terrestres que se instalaron hasta Tierra del Fuego cuando aún estaba unida al continente. El territorio marítimo del extremo sur fue ocupado más tarde, a partir de mediados del Holoceno, por nómades marinos que se establecieron hace 6.500 y 6.200 años a lo largo de las costas del estrecho de Magallanes y del canal Beagle, así como en los mares interiores, formados por los antiguos lagos glaciares de la región. Es así como en los años 60 del pasado siglo fue identificado en la isla de Englefield, en el mar de Otway, el primer sitio arqueológico marítimo de esta antigüedad, datado hacia mediados del Holoceno. A este siguió rápidamente el descubrimiento de otros sitios de edad similar: Punta Santa Ana y Bahía Buena, en la costa este de la península de Brunswick, en el estrecho de Magallanes; Túnel 1 e Imiwaia, en la ribera norte del canal Beagle; y Áridos Guerrico, en la costa norte de la isla Navarino, y Wulaia, en su costa noroeste, bordeando el canal Murray. También fue hallado un sitio de 6.200 años atrás en el seno Grandí, en la costa sur de la

isla Navarino, frente al archipiélago de Cabo de Hornos, actualmente el sitio más austral del mundo de esa antigüedad (Grandí 1). De esta forma, pareciera que los nómades marinos se instalaron desde tiempos muy antiguos en dos ecotonos privilegiados en la intersección entre pampa y archipiélagos: por un lado, el estrecho de Magallanes y el mar de Otway; y el canal Beagle y el canal Murray, por otro.

El gran salto hacia las islas más australes parece haber sido más tardío. Así, en la isla de los Estados, a una treintena de kilómetros del extremo sur de la isla de Tierra del Fuego, se han encontrado vestigios de ocupación humana que datan de hace 2.300 años, mientras que en el archipiélago del Cabo de Hornos, el sitio arqueológico de Bayly 1, datado en  $1410 \pm 50$  años antes del presente (AP)<sup>2</sup>, fue identificado en la costa noreste de la isla Bayly. El yacimiento arqueológico más cercano al Cabo de Hornos, no obstante, se encuentra en la isla Herschel y fue datado en  $680 \pm 60$  años AP. Es decir, los primeros *cap horniers* habían alcanzado el extremo austral de América casi un milenio antes que el arribo de Schouten y Le Maire, en 1616 (ver mapa con sitios arqueológicos en páginas 20-21).

« En la isla Santa Inés, al interior del fiordo Seno Helado, se encuentra el glaciar Gregorio. Todo ello es parte de la reserva nacional Alacalufes.

«Descripción de la nueva ruta al sur del estrecho de Magallanes, que descubrió y estableció en el año 1616 el holandés Guillaume Schouten de Hoorn.» Este mapa corresponde a la edición francesa del diario de viaje de Schouten, publicado en Ámsterdam en 1619.

En sus embarcaciones de corteza, los indios canoeros fueron consumados navegantes y los primeros en descubrir, transitar y habitar el Cabo de Hornos, mucho antes que los europeos. Imagen de la *Mission Scientifique du Cap Horn (1882-1883)*.



## INDÍGENAS, NAVEGANTES Y CIENTÍFICOS

Un siglo antes del descubrimiento del Cabo de Hornos, los únicos indígenas mencionados por Magallanes fueron los cazadores terrestres de las grandes estepas, los «gigantes» patagones, a los que encontró en la bahía de San Julián, situada en la costa atlántica. Más al sur, en el estrecho que lleva su nombre, sólo pudo observar sus fuegos, origen del topónimo de la isla.

Los encuentros con los distintos navegantes se fueron multiplicando y rápidamente los viajeros distinguieron a los cazadores terrestres de los pequeños cazadores marinos, los fueguinos, nombre que fue durante mucho tiempo atribuido a los indios canoeros que ocupaban el conjunto de islas e islotes que separan el

estrecho de Magallanes del Cabo de Hornos. Desde esos primeros encuentros se produjo un acalorado debate sobre la naturaleza, humana o no, de estos «salvajes» cinocéfalos (de cabeza de perro) o antropófagos que ocupaban el extremo de la Tierra. Los mitos alimentaron el imaginario de los europeos, pese a que los diarios de los navegantes son, la mayoría de las veces, sorprendentemente realistas.

Pareciera que Le Maire y Schouten no tuvieron la ocasión de encontrar a los indígenas de la región. El primer contacto claramente relatado tuvo lugar en 1624, en una bahía de la península Hardy, sobre la costa este de la isla Hoste, en el cual diecisiete marinos de la

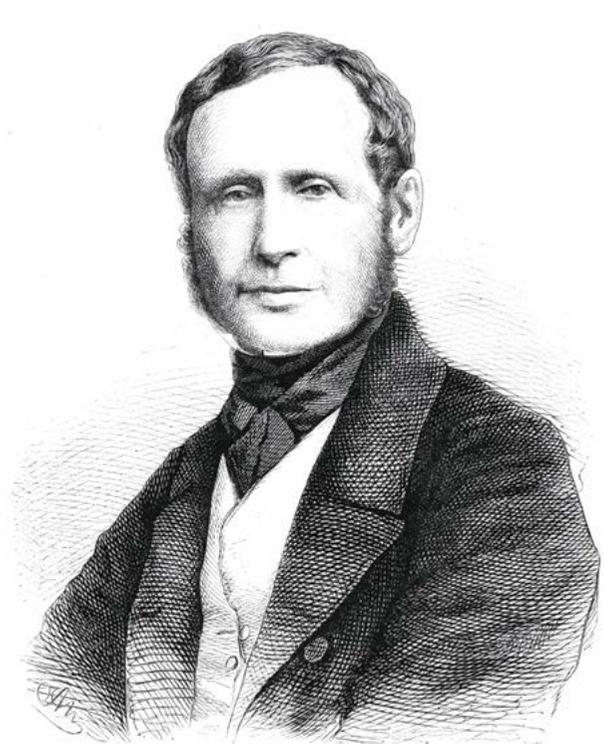
^ En primer plano, un grupo de nativos con alimentos distrae de la escena que ocurre al fondo a la derecha, donde tiene lugar la masacre de la expedición de Jacques L'Hermite, cuyos barcos flotan en el horizonte. Del diario de viaje de Jacques L'Hermite, publicado en 1626.

> Gigantes patagones, grabado de Theodore de Bry de 1601 para el diario de viaje de Jacques Mahu y Simon de Cordes. En el centro de la canoa se observa la típica fogata que los nativos llevaban en la embarcación.

expedición holandesa de Jacques L'Hermite fueron masacrados por los nativos. Sólo los cuerpos de tres hombres fueron encontrados, de los cuales uno habría sido torturado y dos, desmembrados, presumiéndose que el resto fue llevado para comérselos. Esta suposición, ilustrada por grabados de la época, principalmente de De Bry, es la que dio origen a la reputación de antropófagos que persiguió a los indígenas hasta mediados del siglo XX.

En el transcurso de los siglos XVIII y XIX, los ocasionales encuentros entre navegantes e indígenas se desarrollaron generalmente dentro de algunas bahías protegidas: la bahía del Buen Suceso, en el extremo sudeste de Tierra del Fuego; la bahía San Martín, en la punta oriental de la isla Hermite, frente al Cabo de Hornos; y la bahía Schapenham, muy cerca del falso Cabo de Hornos, en la costa este de la isla Hoste. Algunos de estos marinos, descubridores, piratas, corsarios y comerciantes, luego cazadores de ballenas y





lobos marinos, describieron a los indígenas, su apariencia física y sus costumbres, a veces de manera muy precisa y detallada, pero siempre anecdótica. En efecto, es sólo a partir de las expediciones científicas de finales del siglo XVIII y del XIX cuando se realizan verdaderos estudios etnográficos.

Los aportes más importantes sobre los yaganes son, sin duda, los del comandante de la Marina británica Robert Fitz-Roy, que primero recorrió la región entre 1828 y 1830 bajo el mando del comandante P. Parker King y luego, de 1831 a 1836, como comandante en jefe de la expedición del *H.M.S. Beagle*, acompañado por Darwin; así como los realizados por Hyades y la misión científica del Cabo de Hornos, expedición francesa a bordo de la fragata *Romanche*. Esta misión se instaló en la isla Hoste entre 1882 y 1883 y a ella se deben las primeras fotografías de estos indígenas. También debemos mencionar la expedición del teniente italiano Giacomo Bove entre 1881 y 1882, quizás un tanto menos ambiciosa pero que obtuvo datos igualmente interesantes. La información obtenida antes del fin del siglo XIX es particularmente valiosa, ya que es el resul-

tado de observaciones directas y de relatos anteriores a la aculturación de los yaganes.

La expedición de Fitz-Roy tenía como objetivo principal el relevamiento hidrográfico de las costas del extremo austral de América para la corona británica; pero la duración del viaje, los intercambios con Darwin y los contactos que el comandante estableció con los yaganes, especialmente con Jemmy Button y los otros indígenas que devolvió a su tierra luego de una estadía en Inglaterra, lo llevaron a consagrar un lugar importante a los nativos en su relato de ambas travesías, publicado en 1839.

Fitz-Roy llama «tekenika» a los grupos que ocupaban la parte sudoriental de la región de Tierra del Fuego: «Los tekenika, indígenas de la parte sudoriental de Tierra del Fuego, son de baja estatura [...], pasando mucho tiempo en chozas bajas o encogidos en pequeñas canoas.»<sup>3</sup> Su descripción evoca claramente a los pequeños indios canoeros, cuyo número calcula en alrededor de seiscientos, cifra probablemente subestimada, al igual que su evaluación de tres mil ochocientos individuos para el total de indígenas de Patagonia y Tierra del Fuego.

^ Sir Robert Fitz-Roy tenía veintitrés años cuando viajó por primera vez a las costas meridionales de América del Sur en calidad de comandante del *HMS Beagle*.

> En uno de los climas más fríos de la Tierra, los yaganes andaban, por lo general, casi completamente desnudos. Una pequeña capa de cuero de lobo les cubría la espalda y las mujeres usaban además un trozo de cuero que tapaba el pubis. De la *Mission Scientifique du Cap Horn (1882-1883)*.



2 3

JEUNES FILLES : 1 et 3 *Kamanakar Kipa*, — 2 *Chaoualouch-Kipa*.



MAR  
DEL ZUR

NOVUM

MARE

AUSTRALE

**FRETI MAGEL-  
LANICI**  
ac novi FRETI vulgò  
**LE MAIRE**  
exactissima delineatio.

*Lectori meo.  
Descriptionem hanc novam freti  
Magellani nobis communicavit clarissi-  
mus vir Bernardus Joannis Monasteriensis  
qui novem menses in peragracione  
hujus freti impendit. sub duce  
Sebaldi de Waerd.*

*Abbeelding der Straet M.  
So als de selve van M<sup>r</sup>. Bare  
Potgieter van Munster door  
door bevaren en met syn Cap-  
de Waerd met groot pericul  
seer naerstig ondersocht*

*Guilhelmus Blaeuw excudit.*

*J. de Diego  
Ramires*



Entrada de St.  
Sebastian

C. de Pennas

NORTE

C. de St. Ines

Fretum le Maire  
Straet

Mauritius  
Landt

Staten Landt

Patagones maiori ex parte  
sunt gigantes vastae magnitudinis  
et ad summum 10 pedes longi.

P. del Buen  
Suceso

C. del Bartolome

F. de Goncalo

F. de St. Ilfonço

Barnevelts  
Eylanden

C. Hoorn

Miliaria Germanica communia

5 10 15

Miliaria Gallica communia

5 10 15 20

D. Grijp Sculp.

Patagallanes,  
sunt Ianisz.  
en weder  
iteyn Sebald  
ins leuens  
is.

53  
54  
55  
56  
57

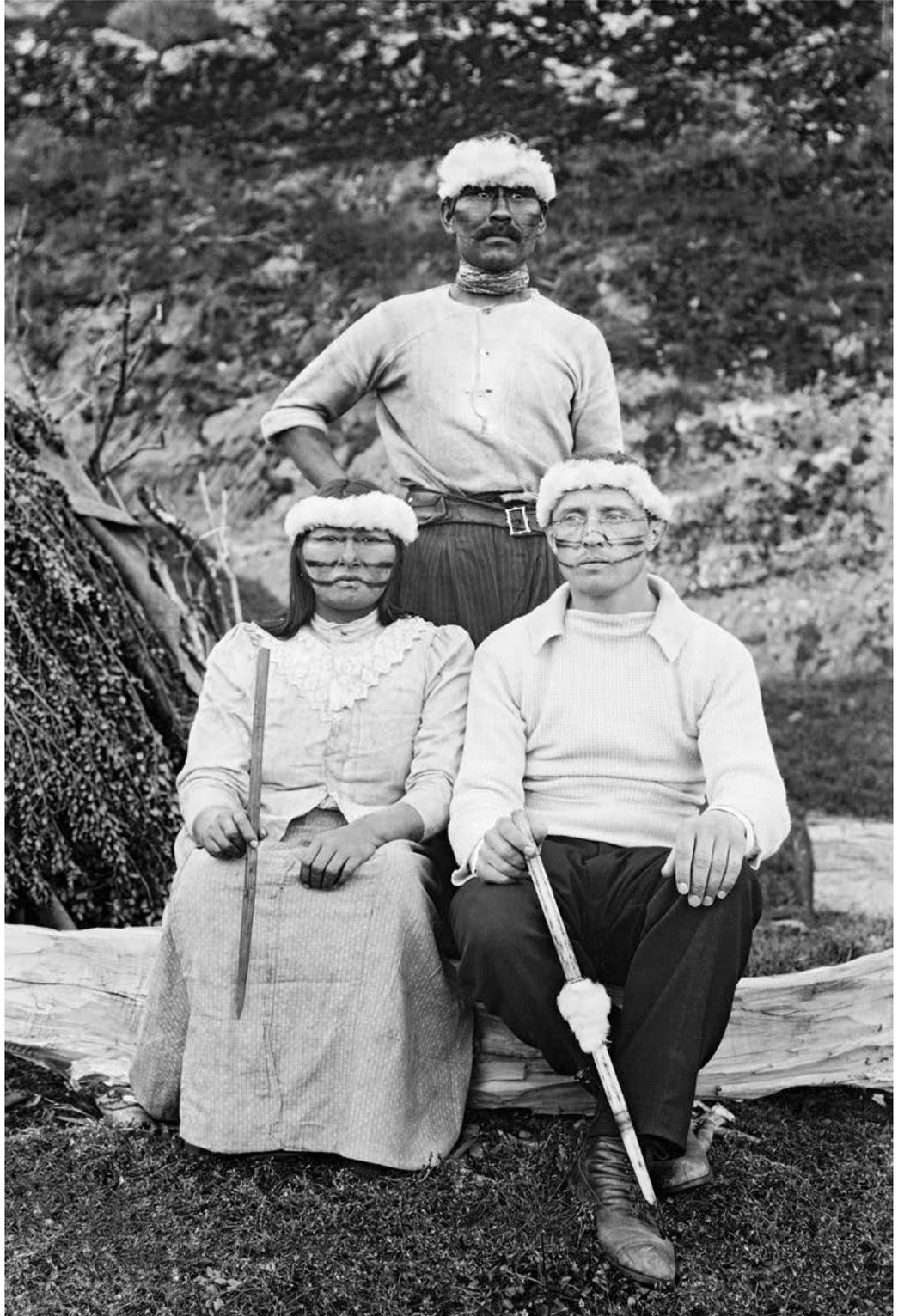
La misión científica del Cabo de Hornos, organizada en el marco del Primer Año Polar Internacional, adopta una visión multidisciplinaria, englobando los campos de la hidrografía, el magnetismo terrestre, la astronomía, la meteorología, la botánica, la zoología, la antropología y la etnografía. En esta época se inició la colonización del territorio, con la instalación en 1869 de una misión anglicana en Ushuaia, en el canal Beagle, a cargo del reverendo Thomas Bridges. Ella jugó un rol determinante entre los indígenas, que comenzaron a sedentarizarse muy rápidamente en torno a la misión y, más tarde, en torno a la estancia de Bridges en Harberton. Entre 1870 y 1880, las observaciones del religioso fueron regularmente enviadas en cartas a la *South American Missionary Society*; además de un diccionario inglés/yagán que se publicó más adelante, ya en el siglo XX. La misión anglicana fue fundamental durante casi cincuenta años para los etnólogos de paso por el extremo sur.

Durante la década de 1920, el antropólogo austriaco Martin Gusinde y los investigadores norteamericanos John M. Cooper y Samuel Lothrop elaboraron grandes síntesis sobre los yaganes, fundando sus estudios en las informaciones de los navegantes y científicos precedentes, así como en sus observaciones o los relatos de los indígenas sedentarizados por casi cuarenta años en las proximidades de la misión anglicana y de las estancias de la parte central del canal Beagle.

Finalmente, en el siglo XX se extinguieron los últimos yaganes que vivieron como cazadores-recolectores nómadas y sólo los recuerdos de los ancianos pudieron ser reunidos y transmitidos con mayor o menor exactitud por sus descendientes.

En la actualidad, la arqueología ha tomado el relevo para lograr un conocimiento más profundo de esta población. Entre 1920 y 1960





- « «Freti Magellanici ac novi Freti vulgo Le Maire exactissima delineatio.» Este mapa del estrecho de Magallanes, realizado en 1634 por Jodocus Hondius, ya incluye el paso Le Maire, el Cabo de Hornos («C. Hoorn») y un gigante patagón junto a un asombrado europeo («Patagones maiori ex parte sunt gigantes vastae magnitudinis et ad summum 10 pedes longi!»).
- < Niños yaganes (con ropas occidentales) en la misión protestante inglesa de Ushuaia, junto al misionero Thomas Bridges (de pie), el primer hombre blanco en vivir en Tierra del Fuego.
- > Martín Gusinde junto a sus padrinos en su primera participación en una ceremonia yagán de iniciación a la pubertad. Puerto Mejillones, 1922.

comenzaron tímidamente algunas investigaciones pioneras (Cooper, Bird, Emperaire). Pero fue sobre todo a partir de los años 70 cuando se iniciaron, en las costas antes frecuentadas por los yaganes, auténticas campañas de prospección y excavaciones arqueológicas encabezadas por L. Orquera, E. Piana, C. Ocampo, P. Rivas y E. Aspillaga, así como más tarde por F. Constantinescu. También se realizaron prospecciones en territorios más aislados y de más difícil acceso, especialmente en el archipiélago del Cabo de Hornos, donde dos conchales fueron registrados por O. Ortiz Troncoso a comienzos de los años 70, mientras que una prospección realizada entre 1991 y 1992 permitió a una misión arqueológica francesa liderada por D. Legoupil descubrir veintisiete sitios y efectuar sondajes en varios de ellos.



## EL TERRITORIO YAGÁN

Las divisiones geográficas entre cazadores terrestres y marinos son bastante fáciles de establecer, al contrario de lo que ocurre con los distintos grupos canoeros, con un modo de vida bastante similar, nómades en un laberinto de islas, islotes y fiordos en los cuales la cartografía fue por mucho tiempo más bien aproximativa. Solamente los matices lingüísticos, así como ciertas variaciones en su equipamiento artefactual, permitieron distinguirlos.

Utilizando los datos de Fitz-Roy, las anotaciones de Bridges y sus propias observaciones, Hyades publicó en 1891 un mapa que fija los límites de los grupos étnicos hasta hoy reconocidos para el extremo sur. Sólo los nombres de las etnias han sufrido cambios: los onas son actualmente llamados selk'nam; los alacalufes, kawashkar; y los tekenika de Fitz-Roy, yaganes. Según Hyades, «el nombre que los yaganes se dan a sí mismos y por el cual se distinguen de otras poblaciones es *yámana*, que significa “hombres, individuos, gente”.»<sup>4</sup> Su territorio se extendía, de norte a sur, entre el canal Beagle y el Cabo de Hornos, y de oeste a este, desde la península de Brecknock hasta el extremo sudeste de Tierra del Fuego. Sin embargo, estos límites y divisiones étnicas son relativamente artificiales y deben ser considerados con resguardos.

- Mapa étnico del Cabo de Hornos perteneciente a la *Mission Scientifique du Cap Horn (1882-1883)*, donde se observa la distribución de yaganes, alacalufes (kawashkar) y onas (selk'nam).
- Grupo de muchachas yaganes retratadas por la expedición francesa de la *Romanche*. En el centro, Kamanakar Kipa, quien, en palabras del doctor Hyades, era «muy inteligente, con una gracia primitiva y un espíritu natural que la distinguían de sus compañeras» (*Mission Scientifique du Cap Horn, 1882-1883*).

Según los datos etnográficos y arqueológicos, la ocupación del territorio yagán habría sido disímil, acorde con las diferencias geográficas. Las costas desoladas de las islas exteriores, en su mayoría rocosas y expuestas al viento y la lluvia, están cubiertas por tundra; las zonas protegidas del litoral presentan pequeños manchones de bosques siempreverdes de baja altura; y en la parte central del canal Beagle hay numerosas bahías protegidas, de pluviosidad moderada, que permiten el crecimiento de bellos bosques de coigües.

Gusinde afirma que los yaganes habrían estado divididos en cinco subgrupos lingüísticos: el grupo central, que ocupaba el canal Beagle, el canal Murray y el seno Ponsonby; el grupo sudoeste, en toda la costa sur y este de la isla Hoste, así como en el seno Año Nuevo; el grupo Wollaston, así nombrado por localizarse en la

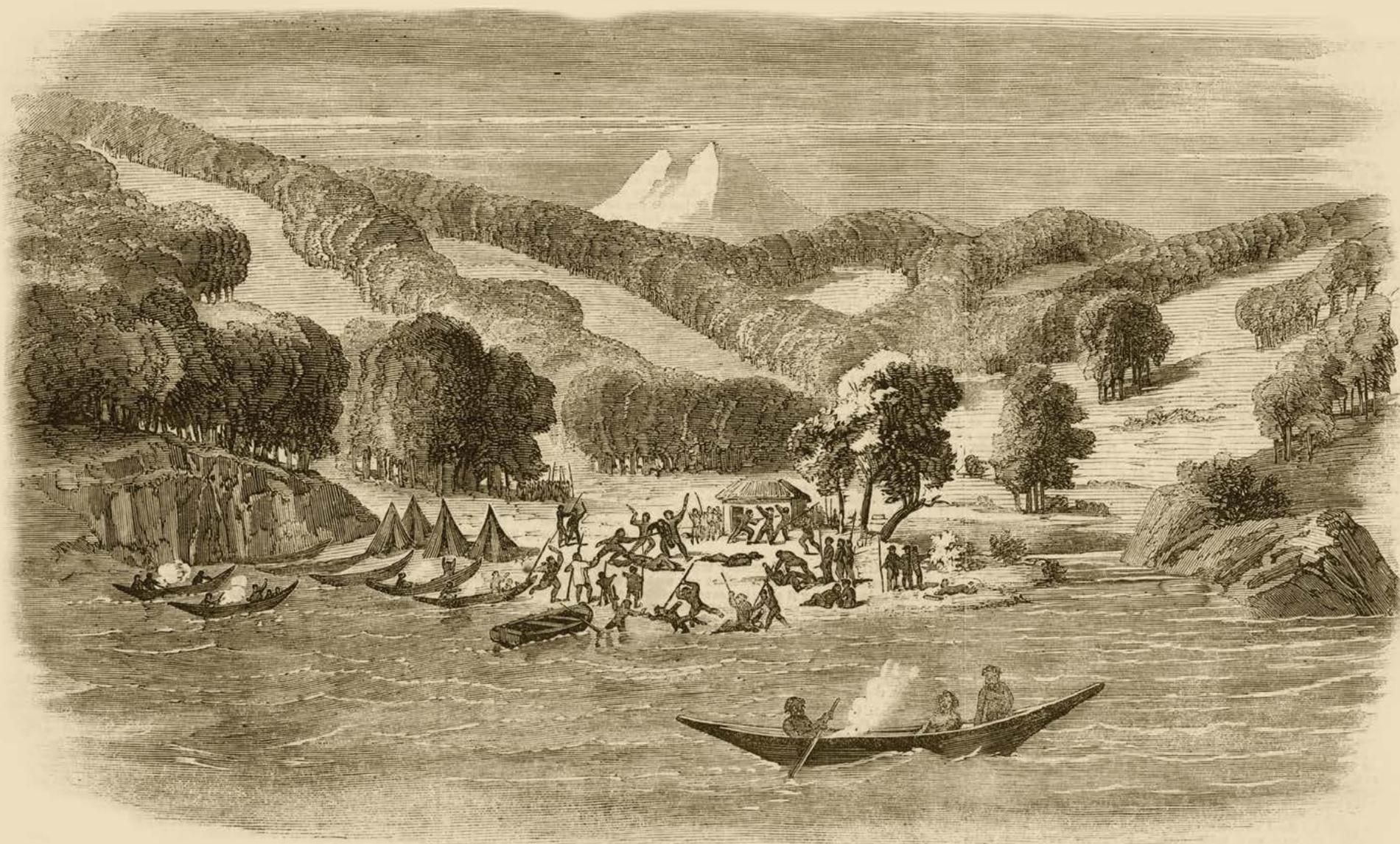
isla principal del archipiélago del Cabo de Hornos; y los grupos oeste, en la parte occidental del canal Beagle, y este, en su parte oriental. Sin embargo, Gusinde admite la fragilidad de esta división lingüística, considerando que sus informantes yaganes ya habían perdido sus particularidades en el momento de su investigación, hacia 1920, luego de su reagrupamiento en el canal Beagle: «La existencia de cinco grupos dialectales claramente separados entre los yaganes se reconoció demasiado tarde como para demostrar, por completo y con seguridad, las singularidades lingüísticas de cada uno...»<sup>5</sup> A falta de una diferenciación lingüística clara, los grupos considerados parecen corresponder a realidades geográficas, como indican los datos etnohistóricos y arqueológicos, al menos en los tres primeros casos que pasaremos a caracterizar. Los datos eran muy pobres para los dos últimos casos.



## LA ZONA CENTRAL

Según Fitz-Roy, los tekenika habrían estado concentrados en la región de Yagha, constituida por el canal Murray y su embocadura en la parte central del canal Beagle, que acababa de descubrir. Es en esta región, en la bahía de Ushuaia, en la costa norte del canal, donde el pastor Bridges eligió implantar su misión, probablemente debido a la densidad de población que esperaba evangelizar. La extensión de este grupo en la costa sur de Tierra del Fuego fue estimada por Gusinde en cerca de una cuarentena de kilómetros, aunque podría haber sido más extenso: «Al grupo local Ushuaia le atribuye una extensión de unas veinte millas inglesas.»<sup>6</sup> Esta parte central del canal es, en efecto, muy favorable a la ocupación humana y muy rica en términos arqueológicos, tanto en los grandes senos estrechos y bien protegidos que la demarcan, como en las bahías al abrigo de puntas rocosas: Yendegaia, en territorio chileno; Lapataia o Cambaceres, en territorio argentino.

Además de los ricos recursos marinos, esta región permitía ocasionalmente la caza del guanaco, sobre todo en invierno, cuando los animales descendían de las montañas. Estos animales, valiosos por su piel y como recursos alimenticios, se encontraban también al otro lado del canal, en la isla Navarino, como lo revelan los restos óseos hallados en numerosos sitios arqueológicos. En la costa oeste de esta misma isla, la bahía de Wulaia también ha revelado la presencia de numerosos sitios arqueológicos, algunos de ellos muy antiguos. Esta bahía habría constituido un lugar particularmente frecuentado por los yaganes. Es aquí donde Fitz-Roy, durante su segunda expedición, deja a Jemmy Button a petición suya, así como al resto de los indígenas que había llevado a Inglaterra en su primer viaje. Fitz-Roy regresó varias veces a Wulaia durante sus navegaciones y cada visita parece haber dado lugar a rápidas concentraciones de indígenas, venidos de bahías vecinas hasta el seno Ponsoby. Es aquí también donde algunos años más adelante, en 1859, fracasa una tentativa de fundar una misión, cuando los marinos y los misioneros fueron masacrados por un grupo de trescientos indígenas. Una de las últimas misiones anglicanas se instala finalmente de manera temporal en las proximidades de esta bahía a finales del siglo XIX y comienzos del XX.



MASSACRE OF A MISSION PARTY OF THE "ALAN GARDINER" BY THE NATIVES AT WOOLYA, TIERRA DEL FUEGO.—SEE SUPPLEMENT, PAGE 113.

^ Masacre de los misioneros que viajaban en el *Allen Gardiner* por los nativos de Wulaia (grabado de *The Illustrated London News*, 4 de agosto de 1860). El único superviviente fue el cocinero de la goleta, que no bajó a tierra. Nótese el fuego prendido dentro de la canoa.

Por último, en la costa sur de la isla Navarino, la expedición de Jacques L'Hermite detectó en 1624 la presencia de dos chozas en una bahía bautizada como Windhond, que en realidad podría ser el actual seno Grandi. Fue en este lugar, muy protegido y abrigado, donde la misión arqueológica francesa observó, hace poco más de veinte años, la presencia de numerosos vestigios de ocupación (cerca de cuarenta sitios arqueológicos). Entre ellos destacan, cerca de la entrada al canal, el sitio temprano de Grandi 1, rico en restos de moluscos, y en el islote Bertrand, un sitio datado en 1300 +/-70 AP que, situado en una terraza alta muy expuesta al viento,

ofrece una vista panorámica de 220° a 350°, desde el canal Murray hasta el archipiélago del Cabo de Hornos, visible en el horizonte a una treintena de kilómetros.

De este modo, la arqueología parece confirmar los datos etnohistóricos. Los sitios más antiguos y densos se concentran en las costas norte y sur de la parte central del canal Beagle, así como en la costa del canal Murray, que bordea la isla Navarino por el oeste, hasta la entrada del seno Ponsonby. Esta región habría representado el centro del poblamiento marítimo más temprano y denso de la región austral.

## EL FALSO CABO DE HORNOS Y LAS ISLAS DEL SUDOESTE

En la isla Hoste, los esporádicos contactos entre los navegantes y los indígenas revelaron la presencia de pequeños grupos en la costa este de la península Hardy, que termina en lo que los navegantes han llamado «falso Cabo de Hornos». En 1715, el navegante francés Joachim D'Arquistade encontró solamente a diecisiete individuos en la zona. Excepcionalmente, la misión científica francesa del Cabo de Hornos reúne en 1882-83 en la bahía Orange a varias decenas de indígenas. En total, un centenar de yaganes pasaron por esta bahía en el transcurso de ese periodo, procedentes tanto del archipiélago del Cabo de Hornos, a una treintena de kilómetros, como del seno Año Nuevo.

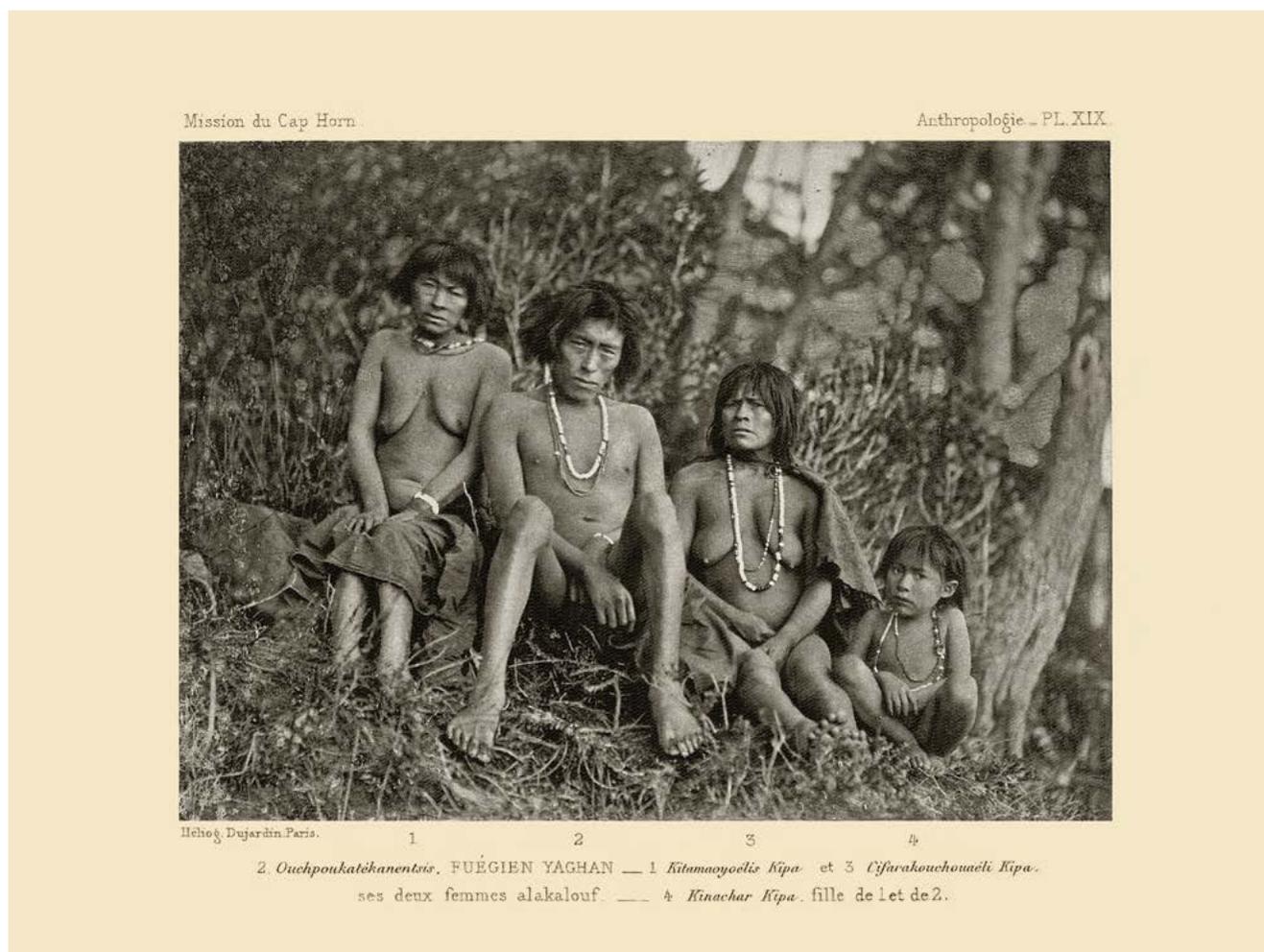


- ✓ Falso Cabo de Hornos, así llamado porque los marineros que navegaban por el paso de Drake frecuentemente confundían esta porción de tierra con el Cabo de Hornos.
- En las canoas, las mujeres remaban y buceaban en busca de mariscos, los niños se ocupaban de mantener el fuego y los hombres cazaban lobos marinos o delfines con arpones provistos de una punta de hueso de ballena. Imagen de Alberto de Agostini, 1910-1920.



Al otro lado de la península Hardy se encuentra el seno Año Nuevo, así bautizado por James Cook al descubrir esta región durante su segunda expedición el 1 de enero de 1774. Esta zona está compuesta por un conjunto de islas e islotes muy expuestos a las tempestades del océano Pacífico que eran recorridos por pequeños grupos nómades, como atestigua Cook (1774) y posteriormente Weddel, quien contabilizó a unos sesenta individuos en 1823. Unos años más tarde, entre 1882 y 1883, el comandante Martial, a bordo de la *Romanche*, evaluó el número de indígenas

en doscientos individuos dispersos en esta dura región, conectada a la costa este de la isla Hoste y a los senos Tekenika y Ponsonby por los llamados «pasos de indios» (sendas de porteo de las embarcaciones por vía terrestre) que les habrían evitado doblar el falso Cabo de Hornos, una ruta bastante peligrosa. En uno de estos encuentros, en la isla Pouchet, Martial recupera un esqueleto de ballena, aún en curso de explotación por parte de los indígenas, mientras que en el canal Lajarte su segundo al mando, el teniente Doze, fotografía a varios indígenas en tierra y en sus canoas.





NORTH-EAST SIDE OF WOLLASTON ISLAND NEAR CAPE HORN.

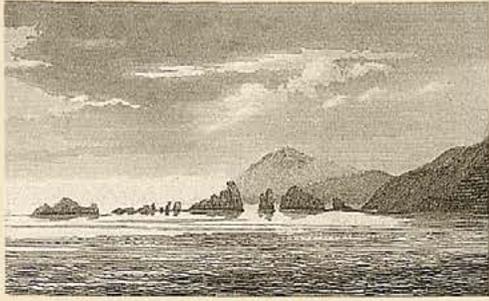
Published by Henry Colburn, Great Marlborough Street 1838.

## EL ARCHIPIÉLAGO DEL CABO DE HORNOS

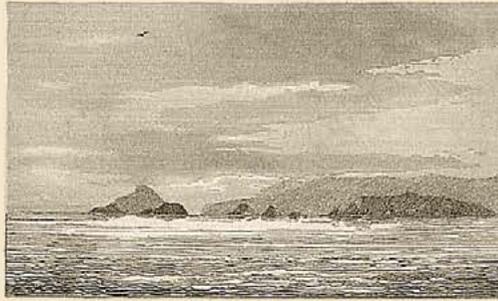
Está constituido por ocho islas y varios islotes; la isla de Hornos es la más austral. A pesar de su siniestra reputación, no se trata de la zona más dura de la región. Si los vientos y las tempestades son terribles para los navegantes, la pluviometría es apenas superior a la de la parte central del canal Beagle, y por tanto de cinco a seis veces menor que en la salida occidental del estrecho de Magallanes. Algunas de sus playas se encuentran bien protegidas, especialmente las de la costa oriental de las islas. Por su parte, en la isla Herschel, la caleta arenosa Martial, muy apreciada hasta hoy por los navegantes, era poco favorable para la llegada de las frágiles y pequeñas canoas de corteza debido a encontrarse muy expuesta al viento del este. A pesar de esto, se registra un conchal arqueológico en esta playa.

< Familia yagán: Ouchpoukatéknentsis, yagán, con sus dos mujeres kawashkar y su hija Kinachar Kipa. Fotografía tomada por Doze y Payen (*Mission Scientifique du Cap Horn, 1882-1883*).

^ Un grupo de canoeros observa la expedición de Robert Fitz-Roy en el lado noreste de la isla Wollaston. Grabado de *The Narrative of the Surveying Voyages of Her Majesty's Ships Adventure and Beagle* (1839).



CAPE HORN.



CAPE HORN.



CAPE SPENCER AND CAPE HORN.



*Water Peak* ST FRANCIS BAY AND ENTRANCE OF ST MARTIN COVE.



YORK NINETY.



FALSE CAPE HORN.



CAPE HORN.



CAPE HORN.



*W.W. Wilson* SOUTH WEST OPENING OF COOKS BAY CHANNEL.

*(Mount Skyring.)*

Published by Henry Colburn 13, Great Marlborough Street 1839.

El lugar de encuentro con los indígenas más frecuentemente señalado por los navegantes está en el extremo oriental de la isla Hermite, en la caleta San Martín y en Puerto Maxwell, protegidos por los islotes Jerdan y Saddle. En 1882, Weddel encuentra allí a veintidós individuos con sus perros; Fitz-Roy también menciona a varios en 1829, y en 1839 Wilkes observa a una familia que ya había visto anteriormente en la bahía Orange. La presencia indígena es igualmente señalada en este lugar por Ross en 1842 y por Martial en 1882, quien habría visto a una familia instalada en el contiguo islote Saddle, así como dos chozas abandonadas en la caleta San Martín. Además, en esta bahía recibió la visita de tres canoas con una veintena de indios a bordo, venidos de la costa norte del canal Franklin, que separa las islas Hermite y Wollaston. El teniente Doze los fotografió en sus canoas y posteriormente en el puente de la *Romanche*.

Otro lugar recurrente de encuentro estaba situado en la parte norte del archipiélago: «Los habitantes de la isla Hermite se habían enemistado con sus vecinos, los habitantes de las islas norteñas Wollaston...»<sup>7</sup> Así, en 1839 Wilkes recibió la visita de una canoa indígena ocupada por seis personas en una pequeña bahía que él sitúa al noreste de la gran isla Wollaston, probablemente la bahía Gretton. Este lugar, bien protegido por varios

islotes y de buena profundidad, fue bautizado como «fondeadero de la *Romanche*» por el comandante Martial, quien atracó allí en 1882 y recibió la visita de dos yaganes cazadores de nutrias con quienes se había encontrado poco tiempo antes en la bahía Orange, lo que evidencia su movilidad entre la isla Hoste y el archipiélago del Cabo de Hornos. Poco antes de la llegada de Martial, una quincena de indígenas habían sido masacrados en ese lugar por la tripulación de un ballenero, luego del rapto de una mujer. En un censo efectuado en 1884, Bridges señalaba que la población del archipiélago estaba compuesta por quince hombres, veintiocho mujeres y veintidós niños, desequilibrio probablemente debido a dicha masacre. Diez años más tarde, en esta misma bahía se instaló una efímera misión anglicana (1889-1892) que dio cuenta de que aún vivía una pequeña población en el archipiélago.

Es precisamente en este lugar donde se encuentra el único gran sitio arqueológico descubierto hasta hoy en el archipiélago, el sitio de Bayly 1. Se trata de un inmenso conchal de casi dos metros de espesor por unos cien metros de largo. Su capa más antigua fue datada en  $1410 \pm 50$  AP, mientras que en la superior aparecen algunos vestigios de cerámica y de metal provenientes tal vez de navegantes, de buscadores de oro que frecuentaban la zona a finales del siglo XIX o de la misión anglicana.

< Estos grabados (1839) del Cabo de Hornos y sus alrededores pertenecen a *The Narrative of the Surveying Voyages of Her Majesty's Ships Adventure and Beagle*. Fitz-Roy, a cargo de Robert Fitz-Roy. El capitán y sus hombres fueron probablemente los primeros europeos en desembarcar en la isla para tomar muestras y realizar observaciones, así como para brindar a la salud del rey de Inglaterra Jorge IV.

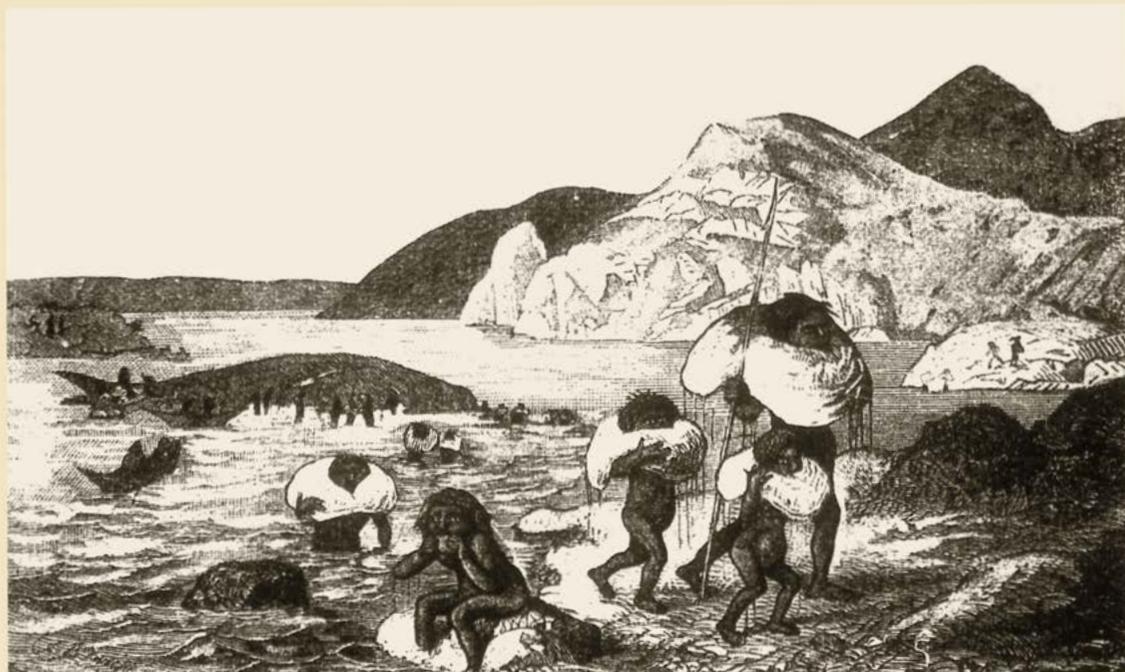
## UN NOMADISMO MARINO A VECES ALEATORIO, A VECES PROGRAMADO

Los yaganes vivían de los productos del mar y no cazaban sino excepcionalmente animales terrestres, como el guanaco. Dispersados en pequeñas familias nucleares a lo largo del litoral de las islas y los canales, se enfrentaban a diario al mar en sus minúsculas canoas de corteza en busca de alimento: esencialmente mariscos («su pan de cada día», según Hyades), mamíferos marinos (lobos marinos, delfines, ballenas) y aves.

Los mariscos, especialmente los mitílidos (choros y cholgas), y en forma secundaria los locos y lapas, resultaban básicos para su supervivencia debido a su abundancia en todas las estaciones y su fácil acceso incluso con mal tiempo. La presencia de

- ✓ Ballena Sei (*Balaenoptera borealis*) muerta, flotando a la deriva en la boca norte del canal Fallos.
- El hallazgo de una ballena varada o su caza era motivo de reunión para los yaganes, quienes celebraban banquetes de varias semanas de duración y aprovechaban todas las partes del animal. Imagen de la expedición a Patagonia de Giacomo Bove (1881-1882).





UNA FIESTA FUEGINA

bancos de choritos favorecía el asentamiento en ciertas bahías, donde se han descubierto importantes conchales producidos a lo largo de una sucesión de ocupaciones. Así, se puede considerar que la formación del gran conchal de Bayly 1, en el archipiélago de Cabo de Hornos, se debe a la presencia de ricos bancos de choros (*Mytilus edulis chilensis*) y, sobre todo, de cholgas (*Aulocomya ater*).

La caza de lobos marinos fue practicada desde mediados del Holoceno en el canal Beagle y en la isla Navarino, como muestran los abundantes restos óseos de pinnípedos (lobos de uno y dos pelos) encontrados en los conchales, hasta en las islas más alejadas del archipiélago del Cabo de Hornos. Esta caza podía ser aleatoria o programada: «Matan a mazazos los lobos en las cavernas [submarinas] o en las playas, o bien los arponean desde el borde del mar con fuertes lanzas o arpones amarrados con una cuerda ligera, pero sólida, en torno al cuerpo del cazador.»<sup>8</sup> Según los distintos testimonios, durante

el transcurso de sus incesantes navegaciones el hombre yagán se mantenía en la proa de la canoa, arpón en mano, a la espera de algún animal (lobo marino o delfín), mientras que la mujer remaba desde la popa. Este tipo de caza sólo permitía presas individuales, mientras que las masivas eran programadas en tierra, sobre las loberías de descanso o reproducción, cuyos ciclos eran bien conocidos por los indígenas.

También se han encontrado numerosos restos de nutria en los sitios del archipiélago del Cabo de Hornos que parecen haber sido, en la época tardía e histórica, un importante lugar de caza de estos mustélidos, cuya piel era un objeto de intercambio muy apreciado entre indígenas y loberos.

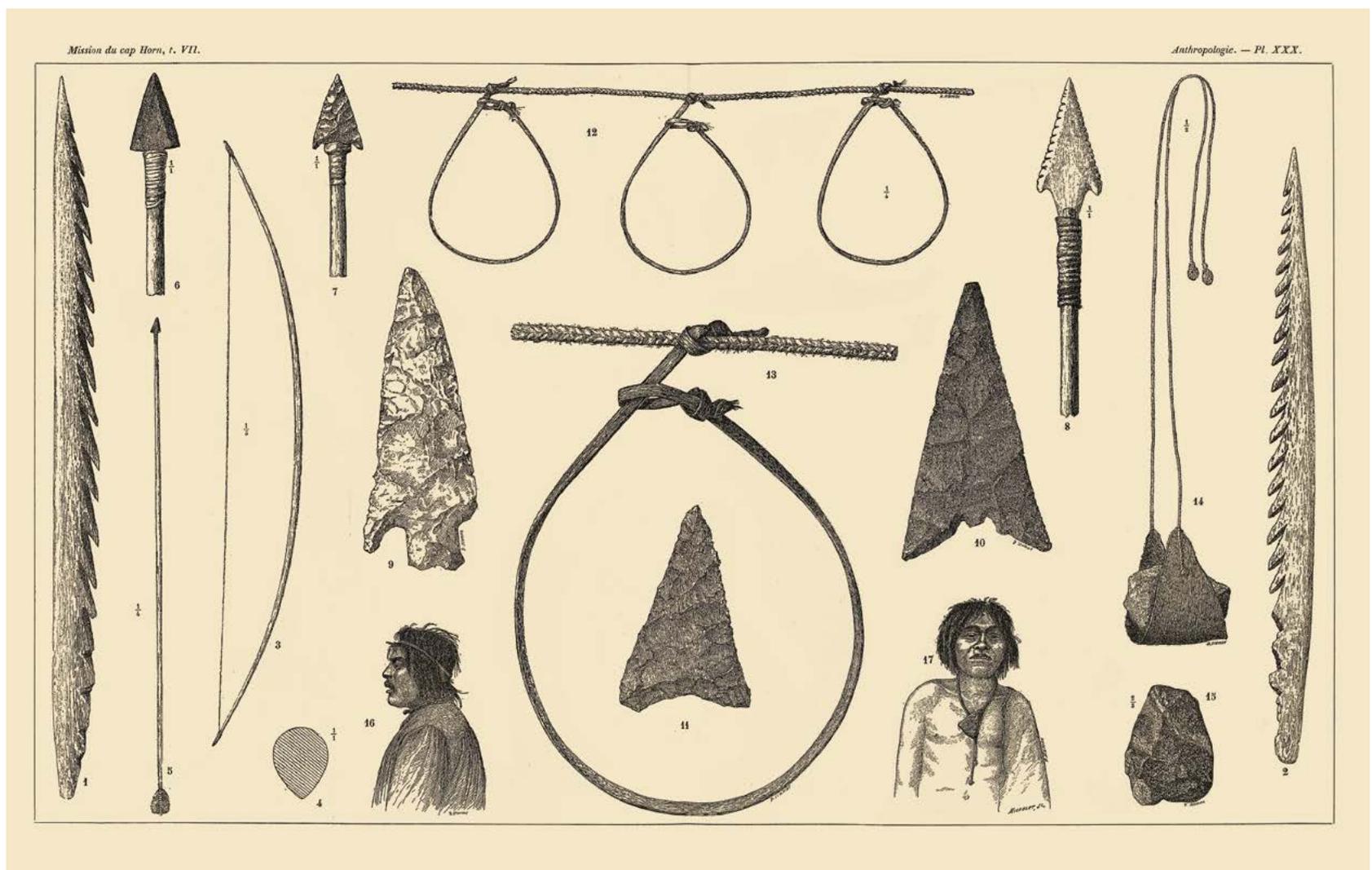
Evidentemente, la explotación de ballenas y otros grandes cetáceos representaba un recurso muy aleatorio que aprovechaba el varamiento de alguno de estos animales. Sin embargo, se conocen algunos casos de caza

fuera de lo común en el caso de animales enfermos o de talla relativamente modesta. En el estrecho de Magallanes, el ingeniero francés Duplessis describió la caza de una ballena por los indios de la isla Carlos III a finales del siglo XVII; y en el canal Beagle, T. Bridges relata la caza colectiva a lanzazos de otra. La explotación de una ballena, cazada o varada, constituía una de las raras ocasiones que permitían importantes agrupamientos de la población. Tales eventos eran anunciados con señales de humo y daban lugar a «banquetes» de varias semanas de duración, donde sólo los pedazos de grasa eran llevados hasta el campamento. Los huesos de estos cetáceos se aprovechaban para fabricar herramientas,

especialmente cabezales de arpones, como observó Martial en el seno Año Nuevo. Asimismo, en el sitio arqueológico más cercano al Cabo de Hornos, en la isla Herschel, fue descubierto un pequeño taller de trabajo de huesos de ballena.

Los restos de ave aparecen asimismo con regularidad en los conchales. Los cormoranes, las aves cazadas con mayor frecuencia, eran capturados con la ayuda de líneas de pesca y anzuelos rectos, golpeados o estrangulados de noche en las grietas de los acantilados o cazados con lazos o lanzas en los pequeños islotes donde residen. Su caza podía acompañarse de la recolección de huevos durante la

- ✓ Los yaganes contaban con numerosos
- instrumentos para la caza: arpones, flechas, arcos, hondas y trampas de lazo para los animales terrestres (izquierda), mientras que para los marinos usaban líneas de pesca y arpones, y para los moluscos, cuchillos de conchas y palos a modo de tenazas y canastos trenzados para su recolección (derecha). *Mission Scientifique du Cap Horn, 1882-1883.*

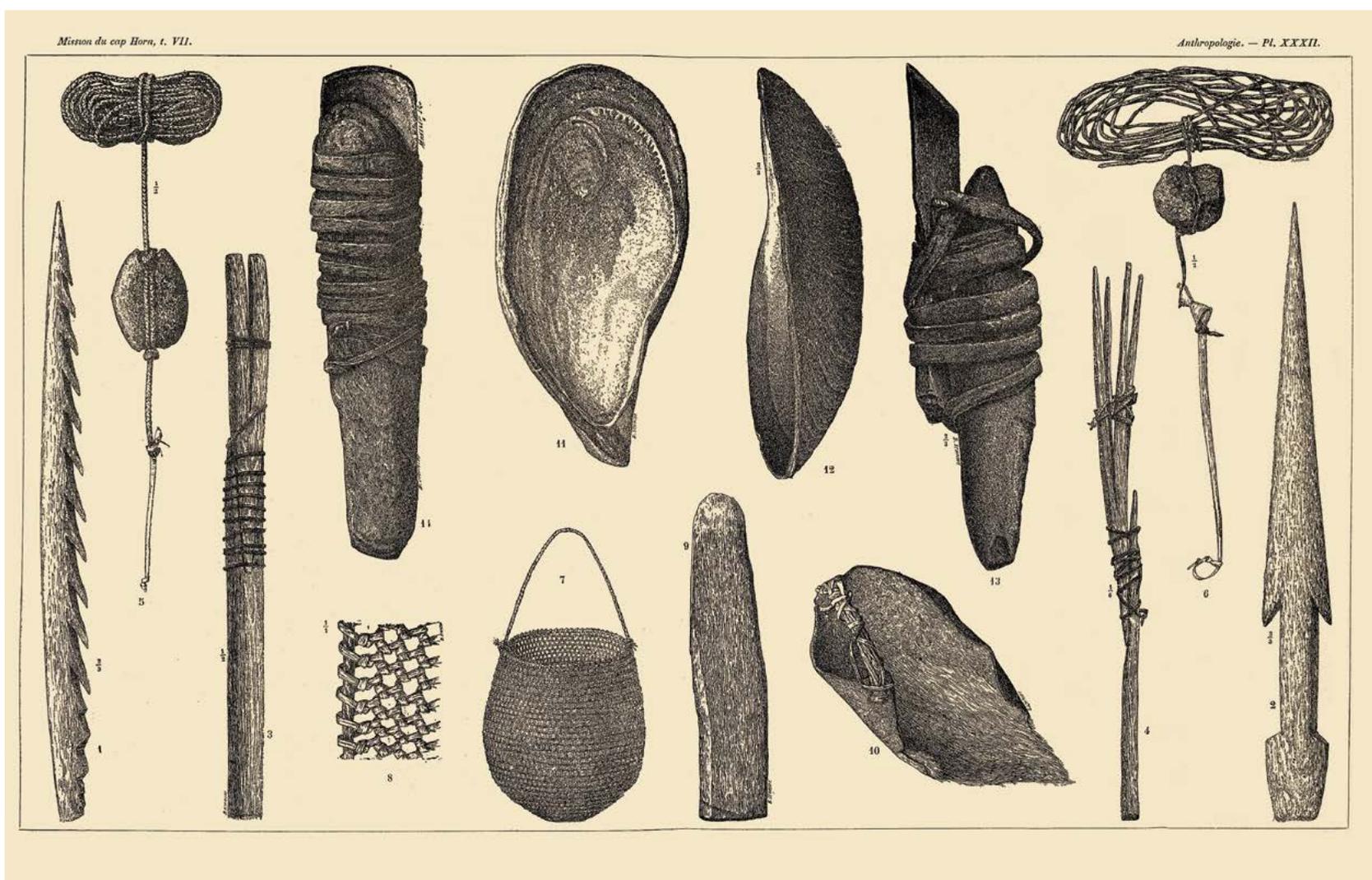


primavera, así como los de otras aves. En el verano, en el momento de la reproducción, algunas especies particularmente vulnerables, como los caiquenes, que no podían seguir volando, eran perseguidos por agua o tierra y abatidos a palos.

La caza de aves parece haber sido una especialidad estacional desarrollada durante primavera y verano en el archipiélago del Cabo de Hornos, donde los restos de estos animales, sobre todo fardelas, representan el 75% de los restos óseos hallados en los sondeos del gran campamento de la isla Baily 1, así como el 83% en los pequeños campamentos de las islas Herschel y Wollaston. Estas cacerías

estacionales podrían explicar por qué Martial, quien se topó con numerosos indios durante el verano en el archipiélago, se sorprendió ante su ausencia cuando regresó a la bahía Gretton en invierno.

Los peces, cuya importancia en la dieta era secundaria, eran capturados por las mujeres desde las canoas mediante el uso de líneas de pesca sin anzuelo, mientras que en el canal Beagle eran atrapados en las pequeñas bahías cuando bajaba la marea, gracias a corrales de pesca que podrían constituir una técnica tardía, de origen chilote. Asimismo, se aprovechaban los varamientos de bancos de peces, como las sardinas.

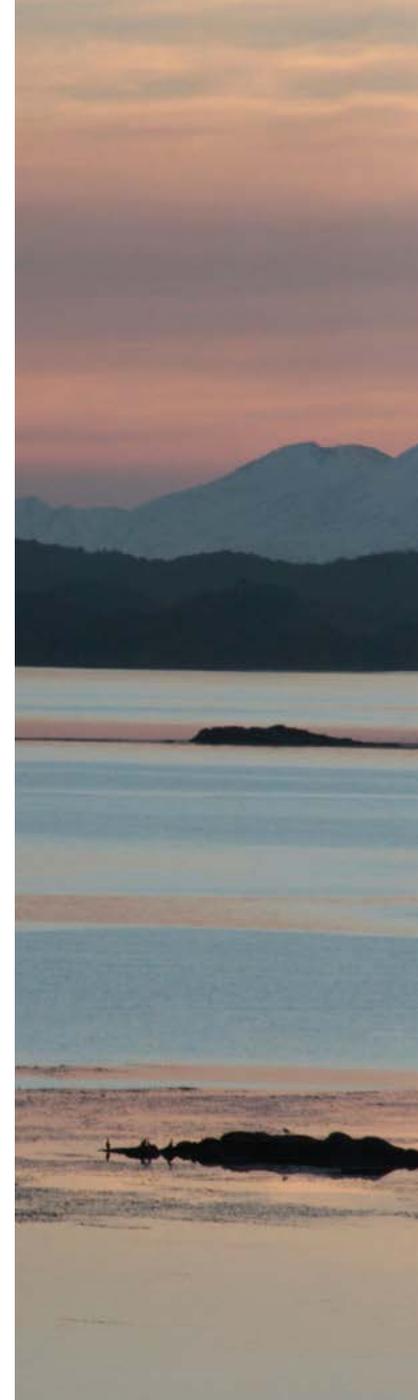


## CAMPAMENTOS Y CHOZAS

El nomadismo de los indios canoeros, caprichoso e incesante según los relatos de los navegantes, respondía a elecciones impuestas por el medio ambiente. Si bien era aleatorio a lo largo del año, durante ciertas estaciones se volvía más programado, especialmente en verano, en función del conocimiento que los indios poseían de su territorio y del ciclo de los animales que lo habitaban.

Los documentos arqueológicos y etnohistóricos muestran que ciertas zonas y bahías particularmente favorables recibían muchas más visitas

que otras, de ocupación más ocasional: «Sí usan lugares a los que vuelven frecuentemente por predilección, se mueven continuamente de un lugar al otro, a distancias de cuarenta o cincuenta kilómetros [...]»<sup>9</sup> Sin embargo, los grandes asentamientos no constituían «campamentos base», primer paso para una sedentarización imposible, teniendo en cuenta el contexto; se trataba simplemente de lugares de preferencia donde volvían a instalarse en forma más reiterada, y que permitían un agrupamiento de población más numeroso. Así, en la parte central del canal Beagle y en



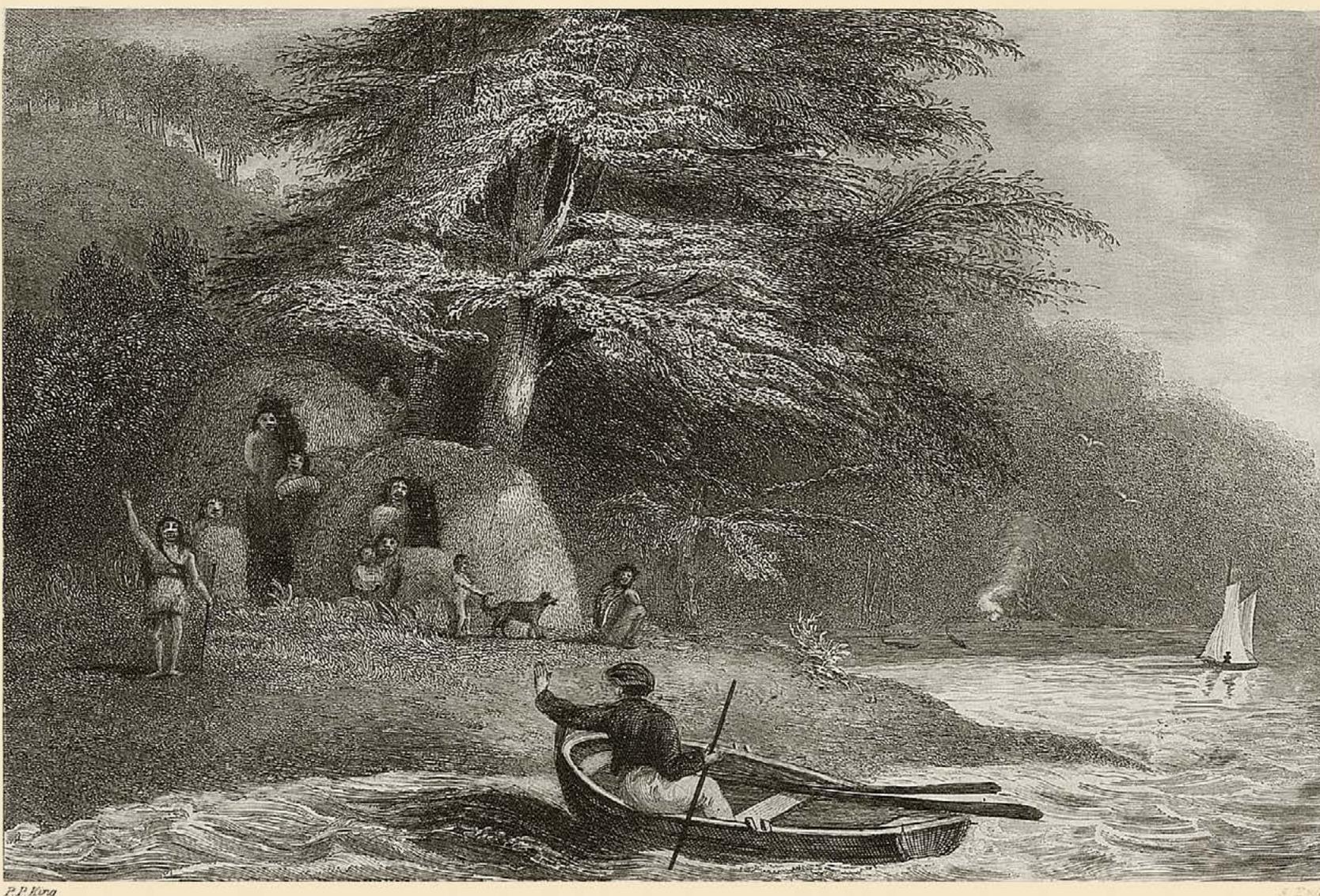


el canal Murray, la mayoría de las bahías propicias para la instalación humana están ocupadas por inmensos conchales en cuya superficie se observa una serie de depresiones circulares que corresponde a los emplazamientos de las últimas chozas usadas. La superposición de fogones que con frecuencia se descubren durante la excavación de estos conchales indica la repetición de uso de un mismo lugar, a veces durante siglos o incluso milenios. Al contrario, en el archipiélago del Cabo de Hornos, sólo el sitio arqueológico Bayly 1 presenta evidencias de instalaciones múltiples, mientras que los otros sitios descubiertos no son más que pequeños campamentos ocasionales, correspondientes al emplazamiento de una o dos chozas.

La construcción de las chozas respondía a unos mismos criterios. Se trataba de construcciones de madera de forma circular que medían de dos a tres metros de diámetro y alrededor de 1,60 metros de altura, con la excepción de las grandes chozas ceremoniales descritas en los documentos etnográficos. En este espacio reducido, en cuyo centro había un fogón, podía acomodarse una familia, aunque en ciertas circunstancias la cabaña podía albergar a una decena o más de personas.

◀ Esta foto muestra dos chozas, una cónica en primer plano y otra cupuliforme al fondo. El humo probablemente venga del fogón que se instalaba en el centro de las cabañas. *Mission Scientifique du Cap Horn, 1882-1883.*

^ El canal Murray fue una de las zonas de asentamiento más frecuentadas por los indios canoeros.



FUEGIAN WIGWAMS AT HOPE HARBOUR IN THE MAGDALEN CHANNEL.

Published by Henry Colburn, Great Marlborough Street, 1838

En el territorio marítimo de los yaganes, estas habitaciones podían adoptar dos modalidades: «En las vecindades del Cabo de Hornos, la choza toma dos formas especiales: en domo, con ramajes plantados en el suelo que se unen en la cúspide, o en cono, con troncos de árbol bastante voluminosos [...]. Los intersticios del armazón están más o menos cerrados por medio de ramitas, placas de musgo o cortezas, desechos de canoas o viejas pieles de lobos marinos.»<sup>10</sup>

La choza en forma de domo o cupuliforme, baja y flexible, era frecuente entre los yaganes de las islas del sudoeste y, más al norte, entre los kawashkar. Estaba bien adaptada a

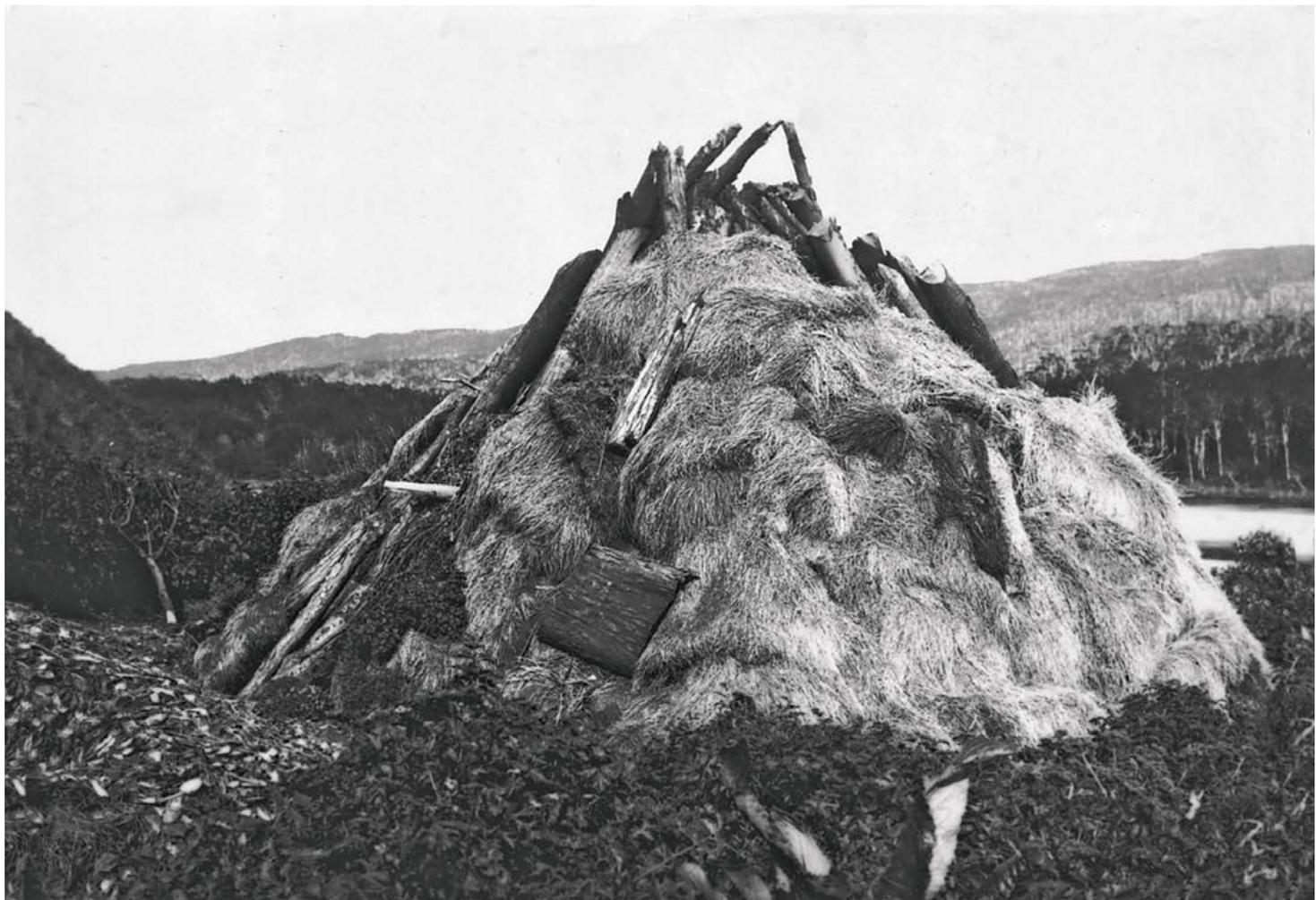
la vegetación densa y baja que bordea habitualmente las islas más lejanas y, gracias a su flexibilidad, resistía bien el viento. Por su parte, la cabaña cónica ha sido mencionada sobre todo para la zona central, de vegetación menos espesa y árboles de mayor tamaño: «En los bordes del canal Beagle, las chozas, más grandes, son cónicas, hechas con troncos de árbol; el suelo, adentro, es excavado hasta una profundidad de cincuenta centímetros aproximadamente. La parte central, más excavada, es la que sirve de fogón.»<sup>11</sup> Se podría ver en este tipo de morada una influencia europea tardía, con la introducción del hacha metálica, que habría favorecido el corte de pequeños troncos y de gruesas ramas. Sin embargo, ya

< Desde sus chozas cupuliformes, los habitantes de Puerto Esperanza, perro incluido, se despiden de uno de los miembros de las expediciones de Fitz-Roy. Grabado de *The Narrative of the Surveying Voyages of Her Majesty's Ships Adventure and Beagle (1839)*.

✓ Choza cónica encontrada por los tripulantes de la *Romanche. Mission Scientifique du Cap Horn, 1882-1883*.

desde los primeros contactos entre yaganes y europeos se habría observado este tipo de construcción, como revela el testimonio del almirante Schapenham, de la expedición de Jacob L'Hermite, en la costa sur de la isla Navarino: «Hacen sus chozas con troncos de árboles redondos abajo, terminados en forma de punta.»<sup>12</sup>

La excavación registrada por Hyades para las chozas en las riberas del canal Beagle también fue remarcada por el arqueólogo estadounidense J. Bird al observar cincuenta años más tarde depresiones en los sitios arqueológicos de la región, razón por la que calificó a estas viviendas de *pit-houses* («casas pozo») por su similitud con las casas semienterradas de los inuits del Ártico. Sin embargo, la limpieza de la cabaña y su fogón central pudieron formar naturalmente, a lo largo de diversas ocupaciones de los mismos emplazamientos, una acumulación de conchas concéntricas a su alrededor.



## LAS CANOAS DE CORTEZA

La canoa de corteza era la embarcación tradicional utilizada en los canales australes al momento del primer contacto con los europeos, tanto por los yaganes como por los kawashkar, aunque las de estos últimos eran un poco más grandes. Esta embarcación se compone de tres planchas de corteza de coigüe de Magallanes (*Nothofagus betuloides*), árbol característico de la zona que posee propiedades adecuadas para su empleo en la fabricación de estas naves (troncos grandes y rectos).

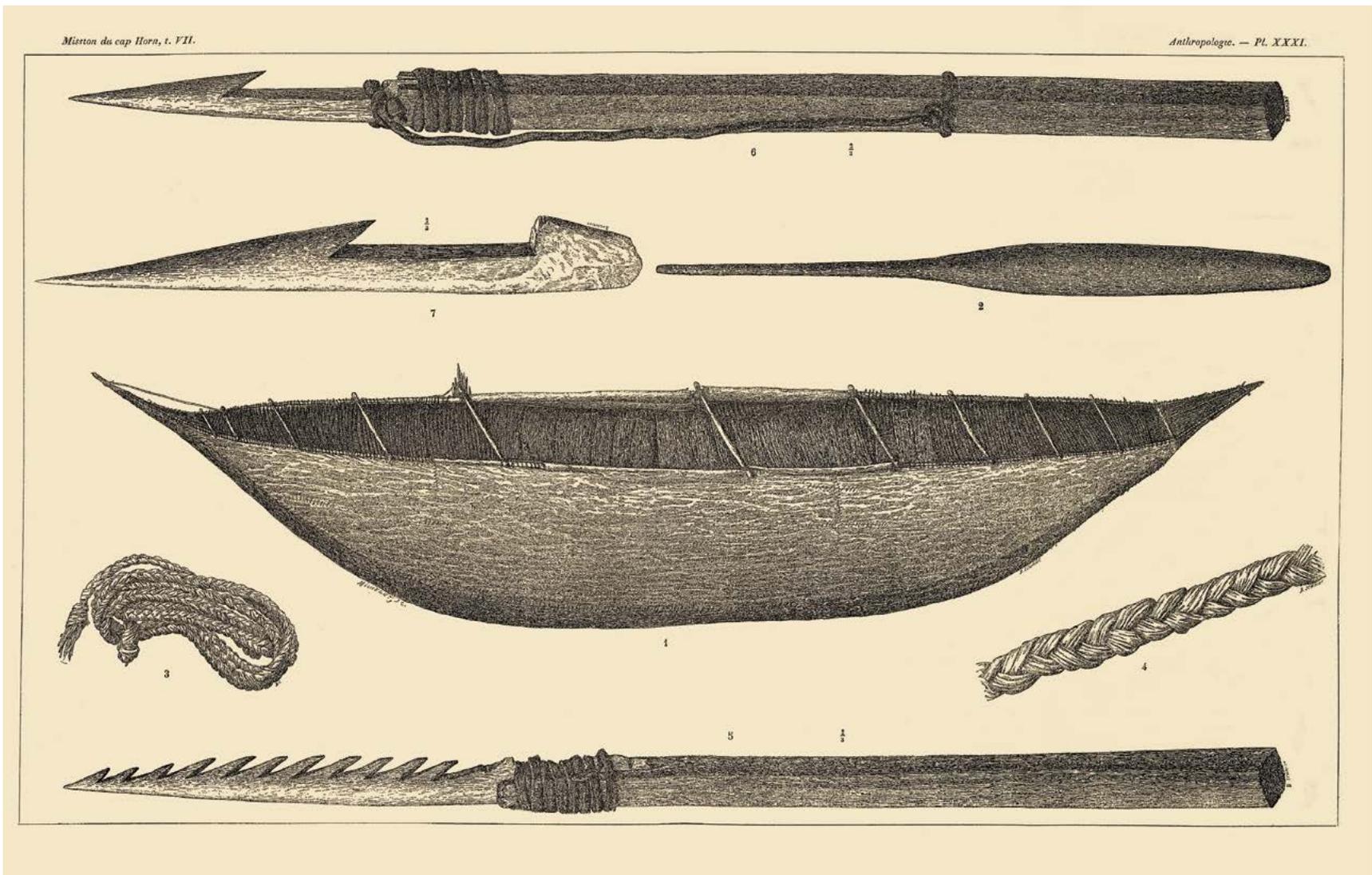
Las embarcaciones y la navegación constituyeron un elemento fundamental en la vida de estas poblaciones canoeras tanto para la explotación de recursos marinos, la movilidad incesante en un territorio donde es imposible trasladarse de otra forma, la organización social en pequeñas familias nucleares que viajaban en ellas y la tecnología del uso de la madera y la corteza,

como para rasgos relativos a sus creencias y cosmovisión. La arqueología ha podido inferir el uso de embarcaciones desde tiempos muy antiguos mediante el hallazgo de sitios a los que en esa época sólo se habría podido acceder navegando (Englefield en el mar de Otway o el sitio Grandi 1 en la Isla Navarino). Estos sitios cuentan con fechados radiocarbónicos de alrededor de 6.000 años AP,<sup>13</sup> pero no se puede tener certeza de que las embarcaciones usadas en esa época hayan sido del mismo tipo que las de corteza que observó por primera vez Hernán Gallego en 1553. La arqueología, hasta el momento, no ha podido encontrar embarcaciones de esa antigüedad, probablemente debido a lo delicado de su materialidad. Así, desafortunadamente, hasta nuestros días han llegado muy pocos ejemplares y sólo se conservan enteras unas cuantas canoas de este tipo en diferentes museos.<sup>14</sup>



^ En el Museo Salesiano de Punta Arenas hay uno de los pocos ejemplares conservados en el mundo de canoas yaganes, pese a que no parece del todo representativo ya que habría sido especialmente construido en el siglo XX para Gusinde y los salesianos.

> La canoa yagán, aparte de remos y cuerdas, iba equipada con arpones de hueso para cazar lobos marinos y delfines, entre otros animales. *Mission Scientifique du Cap Horn, 1882-1883.*



Esta canoa era de uso familiar y de talla generalmente mediana (de tres a cinco o seis metros de largo por casi un metro de ancho, mientras que su altura en el centro es de alrededor de setenta centímetros). El casco estaba constituido por tres planchas de corteza, cortadas con un cuchillo de concha de choro y separadas del árbol con la ayuda de cuñas de hueso, piedra o madera. Se necesitaban al menos dos trozos anchos para los costados y uno largo, más grueso y más estrecho, para el centro. Otras dos piezas de corteza, triangulares y de menor tamaño, eran añadidas posteriormente para dar forma a los extremos. Las planchas se calentaban al fuego para volverlas flexibles y poder darles la forma curva requerida. Sobre ellas se amarraban dos varas delgadas y regulares que servían de remate superior o borde

de la embarcación; además, se utilizaban unas varillas transversales en forma de cuadernas. La corteza se unía entre sí mediante fibra vegetal trenzada en diagonal o cosiendo barbas de ballena a través de pequeños agujeros que se hacían en los bordes de cada plancha con la ayuda de punzones de hueso o madera. Estos agujeros eran sellados o calafateados con una mezcla de musgo, algas y hierbas, al igual que las costuras. En el centro, una capa de gravilla, piedras, arcilla o arena permitía transportar el fuego, mantenido en funcionamiento a lo largo de las incesantes navegaciones de la familia. Los niños eran los encargados de achicar el agua; la mujer, que era responsable de la canoa, remaba en la popa; y el hombre se quedaba adelante listo para lanzar el arpón para dar caza a alguna presa que se acercara.

Algunos describen estas canoas como embarcaciones estables y seguras<sup>15</sup> que, por sus características, se deslizaban sin problemas sobre los bancos de algas o cochayuyos;<sup>16</sup> otros autores las califican como inestables y de fuerte balanceo.<sup>17</sup> En todo caso, se menciona que los indígenas se sentían muy confiados en sus canoas pues, de no haber sido así, no se habrían aventurado en largas travesías,<sup>18</sup> incluso llegaban a intercambiar lugares y a pasar de una embarcación a otra.<sup>19</sup> Esta seguridad y confianza, sin embargo, los llevaba en muchas ocasiones a cometer imprudencias que acababan en naufragios, bastante frecuentes y de consecuencias mortales,<sup>20</sup> especialmente entre los hombres, que en general no sabían nadar. Por otra parte, la canoa de corteza presenta la ventaja de ser muy ligera, favoreciendo su transporte por tierra a través de los numerosos y ya mencionados «pasos de indios», como eran llamadas las vías terrestres por donde se porteaban las embarcaciones, tanto para evitar algún peligro en la navegación como para realizar trayectos más directos y reducir los viajes. Entre los que se conocían para la zona del archipiélago del Cabo de Hornos podemos mencionar el paso desde el seno Ponsonby hasta los fiordos tributarios del seno Año Nuevo (fiordos Carfort y Hahn) a través de un istmo de un kilómetro de ancho; y el paso que unía el seno Tekenika con el fiordo Doze (otro tributario del seno Año Nuevo) pero que en este caso tenía una longitud de tres kilómetros por donde se debían transportar las canoas por tierra. T. Bridges también aporta informaciones sobre otro paso terrestre para cruzar un istmo de las islas Wollaston.

La construcción de la canoa tomaba entre dos y tres semanas, según Gusinde. Se realizaba a la sombra de los árboles para proteger la corteza de la acción del sol y se fabricaba entre los meses de septiembre y enero, cuando es más fácil separar la corteza del tronco. Estas canoas tenían una vida útil muy limitada debido a la fragilidad del material con que se fabricaban y debían reemplazarse por otras nuevas entre seis meses y un año después.

Para estas sociedades canoeras el mar, más que ser una limitante y una restricción de desplazamiento, se transformó en un medio rápido, ágil y bastante seguro para transportarse de un lugar a otro, mucho más efectivo que internarse en los impenetrables bosques lluviosos, así como su principal fuente de recursos.

> Pese a lo tempestuoso del mar en la zona del Cabo de Hornos, para los yaganes representaba un medio de desplazamiento rápido y mucho más seguro que atravesar los tupidos bosques de los alrededores. Caleta Akar 54°39'S - 71°26'O.

## LAS CANOAS MONÓXILAS

En la década de 1880 las canoas de corteza fueron reemplazadas por canoas de tronco ahuecado o monóxilas<sup>21</sup> y para comienzos del siglo XX las de corteza habrían sido completamente abandonadas. Las canoas monóxilas se construían con troncos de coigüe de Magallanes y se ahuecaban mediante el uso de fuego y herramientas como hachas, azuelas y cuchillos o raspadores de concha, hueso y piedra. En su parte central también se transportaba el fuego.

Estas «nuevas» embarcaciones contaban con varias ventajas: eran más resistentes a los golpes y al roce de la playa, duraban mucho más y no tenían tantas filtraciones. Sin embargo, también eran mucho más pesadas que las de

corteza y, por lo tanto, más difíciles de maniobrar y de transportar por tierra, se hundían más a menudo y eran difíciles de amarrar a los huiros o cochayuyos, lo que era un problema en las costas acantiladas.

Algunos autores (Gusinde, Lothrop, L. Bridges y T. Bridges) plantean que la adopción de estas embarcaciones por parte de los yaganes se relaciona con la introducción de las herramientas de metal de origen europeo en la región. Su disponibilidad debió facilitar la construcción de estas canoas; sin embargo, se debe mencionar que el uso del fuego era uno de los elementos centrales en su manufactura y que los kawashkar eran capaces de construir canoas de este tipo sin contar con herramientas de metal.



## EL FIN DE UN MUNDO

Según T. Bridges, en 1850 los yaganes eran alrededor de tres mil. Entre la instalación de la misión en Ushuaia en 1869 y el año 1880, donde un número importante de indígenas se habían agrupado, esta cifra se habría mantenido, y disminuyó fuertemente en la década siguiente debido al efecto de las epidemias de tuberculosis y rubeola. Estas enfermedades afectaron especialmente a los niños. Así, en 1883 la población yagán no superaba los mil cuatrocientos individuos; en 1884 había bajado a mil y para 1886 solamente quedaban cuatrocientos. Posteriormente, en 1888 las misiones anglicanas establecieron algunos puntos de reagrupamiento de los indígenas, como la isla Bayly, donde aún eran doscientos en 1892, antes de que la misión fuese transferida al seno Tekenika, y desde allí hasta el río Douglas, al lado de Wulaia, donde se mantuvo desde



- ✓ La fotógrafa Paz Errázuriz retrató en 2002 a las hermanas Calderón: Úrsula (izquierda, ya fallecida), que fue la última hablante de yagán, y Cristina (derecha).
- » A dos kilómetros de Puerto Williams, en la isla Navarino, se emplaza Villa Ukika, último bastión de la cultura yagán.

1907 hasta 1916 antes de cerrar definitivamente. Los actuales descendientes yaganes, unas pocas decenas de individuos, en su mayoría mestizados, se encuentran repartidos a ambos lados del canal Beagle, especialmente en Ukika, en la isla Navarino, y en Ushuaia. Algunos de ellos conocieron la vida de pescadores, loberos o nutrieros que los llevó a navegar en su antiguo territorio, mientras que otros se instalaron por algún tiempo en las bahías aisladas. Su cultura ancestral ha desaparecido y sólo una mujer de la isla Navarino habla aún fluidamente su lengua, desolador panorama fruto de la colonización y aculturación impuestas. Sin embargo, sus recuerdos y memorias aún se conservan como testimonio de los navegantes más australes del mundo, haciendo eco en los vientos tempestuosos del Cabo de Hornos.

